

LA BODEGA, UN RELATO BASADO EN HISTORIAS DE VIDA NAVAL*

Jaime Rodrigo Ramírez**

En la vida naval, es el océano el que se encarga misteriosamente de comunicar gradualmente al hombre de mar el inevitable término de su "singladura", y éste último, en cierta forma, lo sabe. Cuando ello ocurre, el marino transportará a tierra y en su alforja, los testimonios de sus sueños cumplidos en la mar.



El tiempo pasó muy rápido durante ese mes de diciembre e irremediamente, teníamos que comenzar a embalar. La mudanza llegaría la próxima semana y mi señora, experta en la planificación de este tipo de faena que en más de una oportunidad tuvo que enfrentar completamente sola, me lo recordó airosamente en esa nublada mañana de día sábado.

—Amor...tienes que "ver la bodega"...y botar los "cachureos". En el nuevo departamento no tendremos espacio para todas..."tus cosas"— dijo

con tono decidido y conjugando el verbo "ver" como si se tratase de algo simple.

Luego de recibir la "tarea familiar", comprendí que ya no podía seguir dilatando ese trabajo.

—Sí...no te preocupes, que hoy por la mañana dejo todo listo—le respondí con la mirada baja como pez lenguado, con cierto conformismo y sospechando que en este caso, el usual orden a la bodega sería diferente.

Después del desayuno "reforzado" y vestido con un viejo y pintarrajeado buzo de combate, me dirigí rápidamente a la bodega de mi casa fiscal. Ingresé y encendí la única ampolleta que tenía el lugar, logrando distinguir por entre los artículos familiares y muebles en desuso, las cajas donde presuntamente estaban "mis cosas". En ese rápido escaneo visual, advertí que la labor de mover la "carga" no sería simple y rápida; implicaba un esfuerzo físico importante para acarrear esa gran cantidad de cajas de cartón estibadas en altura como en el almacén de tránsito del Centro de Abastecimiento.

Después de media hora, logré por fin mover todas las cajas hacia un rincón de mayor superficie y visibilidad. Algunas eran de cartón, otras de madera terciada, algunas relativamente nuevas y otras, en cambio, tenían más de veinticinco años. El dolor punzante del nervio ciático ya podía sentirlo, así que me senté en un piso metálico y comencé a acercar las cajas, abriéndolas de

* Primer lugar de la categoría "Vida Naval" del Concurso de Ensayos, "Revista de Marina, 130 años".

** Capitán de Navío. Oficial de Estado Mayor.

a una y colocando lentamente el contenido a granel sobre el piso de cemento.

Efectivamente, esas eran “mis cosas”. La mayoría me habían acompañado en camarotes y oficinas donde estuve, pero en aquel día, tenía que tomar una decisión sobre el destino final que les daría. Al observar con mayor detenimiento, había sobre el piso una gran cantidad de elementos que en momentos más parecía una colección sacada del museo naval y marítimo, y a su vez, “cachureos” supuestamente sin utilidad, como aquellos que se montan sobre un género colorido en las ferias del día domingo.

Almacén naval

Tenía, por tanto, una muestra inmensa de cuadernos y libros desde la época de la Escuela Naval hasta los cursos de postgrado, relojes, cortaplumas, fotografías sin álbum, herretes, veinte escudos de bronce, cuadros de acuarela, rabizas con pito marinero, linternas pequeñas, prismáticos, gorros navales, palas, uniformes blancos, diskettes, cuadros con caricaturas, tres buques a escala, un cofre con monedas metálicas de saludo, una cajita con colleras, figuras de faros y veleros, tazones con imágenes navales y otros con grados, vainillas pequeñas antiguas, lapiceras, corales y un sinnúmero de artículos pequeños envueltos en plástico y papel. Calculé que todo debía sumar cerca de cinco metros cúbicos de material. Pensé entonces que era un buen momento –por fin– para hacer una limpieza profunda al menos de los elementos que me llevaría, ordenarlos y volver a estibarlos ahora en cajones de plástico para su traslado a mi siguiente “fondeadero”.

Teniendo claro el objetivo y siguiendo el ya clásico refrán académico, “a lo principal lo máximo y a lo secundario, lo necesario”, planifiqué mi trabajo comenzando a limpiar y cubrir con papel de diario y plástico las piezas más pesadas, frágiles y aquellas que definitivamente no serían parte del camión de la basura. De esta forma, partí por los escudos de bronce, los buques a escala, las fotografías enmarcadas de las dotaciones de las unidades y reparticiones donde estuve, los diplomas de las condecoraciones y los cursos efectuados, el cofre con monedas de metal, la

cajita de madera noble con medallas y veinte pares de colleras en su interior, los cuadros de acuarela dedicados y aquel que testimoniaba mi cruce por el Ecuador y, finalmente, algunos objetos históricos grandes y pequeños hechos de metal. En una hora tenía todo embalado.

En esta primera etapa, la decisión resultó relativamente fácil. La naturaleza de esos artículos daba cuenta de períodos, experiencias y aprendizajes muy especiales e importantes de mi vida naval; eran testimonios de momentos irrepetibles y felizmente compartidos con oficiales y gente de mar, con quienes aprendí a conocer y querer el sentido de vivir como camarada de armas y hombre de mar en procura de la noble tarea de la defensa. Pensé que la decisión adoptada fue la correcta, pues en la escala de mis prioridades, esos objetos obtenían la primera y en consecuencia, debían ocupar de todas formas un lugar en mi próximo “puerto de despliegue”.

El dilema de elegir

Pero, aparentemente, no era lo único que llevaría a mi nueva casa.

Seguí hurgando en el piso y todavía me quedaban varias “cosas” grandes y, tal vez, de mayor valor que las anteriores. Así, apareció una lámpara marinera hecha con un motón de madera que en su parte superior, tenía una pantalla confeccionada con la carta náutica de la Angostura Inglesa. Al detener la vista sobre la carta, recordé los momentos que el “fanal” de esa lámpara alumbró mi impaciente espera de la estoa tanto de esa angostura como la del Kirke. Enchufé la linda lámpara y para mi sorpresa, aún funcionaba a pesar de sus años. Esa luz fue en no pocas ocasiones la única silente compañía que tuve, en esa necesaria “soledad del mando”. Esa luz, supo de mis aciertos y enormes alegrías, pero también de mis angustias, enojos, temores y errores, en la insustituible responsabilidad del mando por la operación y seguridad del buque.

Cerca de la lámpara, había un tubo envuelto en cartón y cuatro objetos más pequeños. El tubo se trataba de una vainilla de 20 mm, y los objetos eran dos cañones y dos campanas, todo elaborado con bronce. La vainilla estaba vacía pero al verla me acordé de las circunstancias

que fue usada como copa de ron por oficiales artilleros en uno de los destructores clase County donde estuve, acompañando el “místico” brebaje con pan dulce en ese clásico simbolismo artillero cuando se daba en blanco. Fugazmente, tuve la imagen de la oportunidad de haber navegado en la última singladura del crucero “*O’Higgins*” y haber presenciado, en un hito histórico a estas alturas, una andanada. Hoy, solo en películas (y bien trucadas) se podría observar la magnitud de una capacidad artillera como esa.

De los cañones que estaban próximos a la lámpara marinera, uno era réplica de la “*Esmeralda*”, el que me fuera regalado cuando estuve destinado en la Escuela Naval, y el otro, un macizo cañón que en más de una vez fue empleado por la cámara de oficiales para recitar el procedimiento operacional estándar de la batería de 4.5”, incluidas las salvas de artillería. Entonces, vino a mi memoria el malogrado percance de un oficial cuando al dar la “orden de fuego”, la pólvora explotó cerca de su rostro, quedando hasta el día de hoy con las secuelas de ese “encuentro artillero”. En tanto, las dos pequeñas campanas que tenían un agudo tañido, en su momento sirvieron a los oficiales antiguos para tomar la palabra en la cámara, o bien para exigir a algún oficial despistado una corrida de brebajes para todos sus miembros, ante la feliz expresión del cantinero que veía con ese acto un suculento aumento en su flujo financiero mensual.

Trofeos de guerra

Próxima a una de las campanas, había una chapa pequeña con el nombre de una fragata; esa placa era una prueba y, a su vez, un “trofeo de combate” de un exitoso “asalto anfibio” nocturno de cámara que hicieramos con un grupo de oficiales cuando esa unidad estuvo fondeada a la gira en la bahía de Punta Arenas, durante una visita de la Escuadra hace muchos años atrás. Finalmente, tomé un objeto envuelto en plástico que en su interior contenía un reloj con rosa náutica confeccionado con el borde de bronce de un repetidor de girocompás inglés, que en su parte inferior decía: *Norfolk*. La preciada pieza, hecha con cariño por el maestro de navegación al que le decían “gato”, me recordó mi trabajo

como especialista en navegación, los ejercicios de combate, los diversos puertos que conocí a bordo de esa unidad y las actividades de camaradería efectuadas en las áreas de despliegue.

Sin duda, todos estos elementos eran parte de un tesoro personal y, por tanto, definitivamente debían estar en mi nuevo hogar. Así como las piedras que guardan en su interior el magnetismo original de su creación, en esos objetos estaba forjado el recuerdo profundo de la entonces vida del oficial embarcado, incluyendo la vida de cámara que encarna en sí una metodología atávica para enseñar y transmitir a los más jóvenes el estilo y la cultura naval. Así, tomé todos esos artículos y los metí en varias cajas plásticas para su consideración en la mudanza.

Pero ahora venía la parte más difícil de la “misión”. Sobre el piso todavía restaban muchas cosas a granel y de variado volumen que era necesario revisar una a una. Probablemente, de este segmento de materiales, tendría que deshacerme de algunos.

Ahí estaban las antiguas cartillas de la Escuela Naval junto al famoso libro de Orientación Profesional editado antes del año 1980 (donde aparecían uniformes que nunca usé) y el de Estabilidad del USS “*Farragut*”. También un sinnúmero de libros de Mando, Cálculo, Navegación, cuadernos y carpetas añosas; todo lo cual hoy en día bien podrían estar contenidos en un par de CD, un pendrive, o estar para consulta en sitios web de Internet. Del mismo modo, estaban los libros usados durante el curso de especialidad, el curso de Estado Mayor y otros programas de post grado que efectué a lo largo de mi carrera.

Recuerdos del pasado

Al observar todo este “bagaje académico”, pensé que había llegado el forzoso momento de desprenderme de éste debido a su gran volumen. Reflexionando un poco más, me di cuenta que jamás había vuelto a usar las cartillas, los libros y cuadernos después del egreso de los cursos. ¿Para qué los tenía entonces? Tal vez con la esperanza de volver a usarlos en los grados superiores en el ejercicio de la docencia, pero la tecnología fue más lejos que mi “análisis del escenario”; tal vez para regalárselos a mis hijos

si decidían ingresar a la Escuela Naval, situación que finalmente nunca ocurrió; o tal vez para, simplemente, tenerlos de recuerdo. En fin, al verlos hoy, confirmé que no hubiera logrado ningún tipo de éxito en los cursos sin la adecuada disciplina y responsabilidad moldeada tanto en el seno familiar como en la Escuela Naval y durante la propia carrera, además de una importante dosis de humildad, abnegación y perseverancia.

Pensé que el particular proceso de la formación naval fue relevante para comprender el mundo que me rodeaba y ser útil en éste desde la profesión de las armas, pero también fue un instrumento que me ayudó a entender y aceptar el camino de sacrificios y entregas personales que exige la vida. No podía ser de otra forma: los hombres y mujeres de armas, juramentados, estamos llamados a ser los custodios de las armas en defensa de la nación y en esta tarea sublime, definitivamente se requiere de un individuo especial que anide cultura y en su alma, virtudes para que conduzca su vida conforme a ellas. De este modo y con resignación, asumí botar la información, colocándola en bolsas plásticas de supermercado para su posterior traslado al tacho de la basura, excepto los libros empastados y algunas cartillas.

Revisé apresuradamente el piso, en un intento de terminar pronto con la "faena" encomendada. No obstante, distinguí algunos objetos pequeños que provenían de la caja más antigua, de la "mítica" época de subteniente embarcado en la zona de Punta Arenas. Así, reconocí sobre el cemento un pálido coral rojo, superficialmente, sin valor alguno. Recordé entonces al buzo del buque. Un tipo oriundo de Chiloé, que creía en brujos y cuentos mitológicos, pero que me enseñó de la cooperación, el sacrificio y la eficacia de la conducta humana en condiciones meteorológicas adversas. Fue justamente ese notable cabo que durante una inspección al casco, aprovechó de sacar del Paso Tortuoso el novedoso coral rojo para mi recuerdo del sondaje efectuado. Paradójicamente, el mejor buzo de esa época salió a flote con la "burbuja", teniendo que ser llevado de urgencia a la cámara hiperbárica del "Yelcho" para su recuperación. Así es la vida, no hay que "creerse mucho el propio cuento" y actuar con humildad.

Junto al coral, había fotos de canales y de los buques donde estuve; también encontré lo que quedaba de un chaleco naval; unas palas de subteniente con los grados ya verdes por la sal pegada desde hace más de treinta años, y un cortaplumas oxidado y roto en su punta que, al verlo, recordé el momento en que tuve que usarlo para abrir la puerta metálica de la entonces baliza del islote Cohorn, ingresar a ella y capear un temporal de viento y lluvia, mientras el buque esperaba tiempo para mi rescate. Finalmente, y cerca del cortaplumas, había un objeto muy envuelto, como para que nadie lo viera. Al abrirlo, se trataba de un descolorido oso de peluche regalado por una polola que había tenido en Punta Arenas, junto a un posavasos con un logotipo que decía: "Garogha".

Esos fueron tiempos épicos. Fue una época de arrojos, espíritu de combate y valentías de superhéroes, pero también de diversión extrema; de música y fiestas, de brebajes y pololas. Tal vez con cierta irresponsabilidad, en ocasiones sin medir riesgos y consecuencias, pensando que el mundo se acabaría y por tanto, era necesario aprovecharlo. Pero a su vez fue un tiempo de duro y constante aprendizaje profesional; un tiempo necesario para practicar la enseñanza matriz que a veces distaba bastante de la realidad; un tiempo para aprender en cómo ejercer el mando y liderazgo, en cómo llevar la teoría a la práctica eficaz... sin duda, todo un desafío para alguien de 23 años.

Momentos inolvidables

Pero no estuve solo en todo ese proceso, aprendí desde el ejemplo y la enseñanza de los oficiales superiores y también de la gente de mar antigua que al expresarse usualmente aplicaba una mezcla de jerga marinera y vocabulario coloquial difícil de olvidar. En ese grado, si se tiene la oportunidad, nace el marino desde la aventura, por entre canales, muchas horas de guardia y paisajes increíbles. De este modo, todos los artículos encontrados de esa época me comunicaron al verlos, la moraleja del necesario equilibrio que debe imperar en la conducta para lograr un buen desempeño tanto profesional como humano, y que en el ejercicio del liderazgo, uno "se debe a sus hombres" y servir de fuente

de inspiración. Resolví, por tanto, guardar todos esos artículos en una caja para conservarlos en alguna parte de mi departamento.

Pero pese a los esfuerzos, todavía quedaban algunas “cosas” más, las últimas. Entre papeles y uniformes antiguos, que definitivamente no podía guardar, estaban las fotografías. Eran de diversos tamaños, sueltas, sin correlación, y eran muchas. Algunas estaban amarillentas y otras cortadas o sucias. Tomé dos cajas de zapatos y las eché todas juntas. Entre las fotos distinguí las más grandes y las puse sobre el piso para verlas en forma simultánea. Eran las fotos de mi familia y de la dotación de ciertos buques donde había servido, algunos como comandante.

Con emoción, tomé las fotos de mi esposa e hijos que usé en camarotes y oficinas, las que en momentos difíciles me dieron fuerza y perseverancia. La imagen de los niños pequeños, luego más grandes, al egreso del colegio y, finalmente, en la universidad. En todas ellas, mi querida esposa aparecía con su rostro resplandeciente de alegría y orgullo, balanceando con su expresión la entereza y fuerza que debió dedicar como mujer de marino ante la dificultad e incertidumbre. Vida naval y familia, dos conceptos que integrados hacen posible creer siempre en un mejor devenir.

Tomé otras fotos y reconocí a oficiales y gente de mar que fueron parte de mi “singladura”. Me enfoqué sobre sus rostros y vinieron a mi memoria los momentos compartidos con ellos. Así, sin orden, distinguí al optimista escribiente y “timonel de repetido”, de tez oscura que le daba la semblanza de un capo de la mafia siciliana o a los chicos malos de *Penélope Namur*, y por ello la dotación le puso el nombre de combate de “car’e malo”, pero de malo no tenía nada, por el contrario, el hombre era pura bondad, respetuoso y muy leal. También, en otra fotografía, apareció el rostro de otro escribiente que le decían el “car’e mármol”—por su tez blanca casi de paciente terminal— y “carreta” de un “pulpo” encargado de la cantina seca, al que llamaban “el jeque”, y que se comía los “Súper 8” a cuenta de los “gamas”. En otra foto, más reciente que las anteriores, estaban formados de pie y en una sola escuadra el “llallo” de a bordo, al que le decían “punto com” por ser una versión 2.0 del tradicional telecomunicante; el mecánico electrónico, cuyo

nombre de combate era “neutrón” por su talento innato en dar solución a cualquier tipo de falla; el mayordomo, con su usual forma de ofrecer café tipo “raquelado para marinería”; el “maestre de navegación” y su trabajo detallista orientado a la tarea; el condestable mayor, siempre preocupado por la salud y disciplina del personal, y finalmente, un destacado “choro” maniobra, heredero del valor de Fuentealba y aguerrido como nadie.

En otra foto, relativamente antigua, estaba el registro de uno de los eventos de camaradería más significativos que puede tener una dotación de un buque: el “asado naval”, pero de cordero. Recordé que al día siguiente que el buque recaló en Punta Arenas, la “partida de avanzada” del “Segundo” fue a preparar el cordero al palo que tanto le gustaba a la dotación. Así, la partida de “hombres buenos” salió desde la unidad para arribar al quincho del “Bienestar” de Punta Arenas a una buena hora e iniciar prontamente la cocción de los corderos magallánicos, y así tener listos los “corderitos” como a las siete de la tarde. Los “corderitos”, como usualmente llama el comensal ilustrado a los corderos (nótese el diminutivo, tan propio del alma nacional para dar la sensación de algo pequeño o menor, cuando en realidad se trata de comer siempre “por sobre la prorrata”), fueron comprados por el “Maestre de Víveres”, quien además, estaba a cargo de la prorrata general del buque. Tal como se había planificado, la dotación motivada llegó al quincho pasadas las ocho de la tarde.

Al inicio del evento, el comandante expresó sus primeras palabras a la dotación, fundamentando con el tradicional brindis. Acto seguido, alzamos nuestras copas conteniendo un brebaje especial; la “candola” del sur y con ella brindamos por Chile, la Marina y el buque, para tener éxito en el cumplimiento de la misión y regresar sin novedad a puerto base. El “corderito” fue acompañado por el clásico arroz primavera naval de “pañol”, ensalada a la chilena y papas con mayonesa, todo preparado por los “chanchitos” de a bordo, como es lo usual, y sus fieles e interesados ayudantes: “los escribientes” y “los maniobras”, que para esos eventos (y para ningún otro) se auto-proclamaban miembros del departamento de ingeniería.

En esto, los “chanchitos” del buque tenían su propio CPO (calificación puesto operacional)

culinario en la sala de máquinas, siendo examinados en las artes del *gourmet* por el mismo Ingeniero de Cargo, a través de la preparación de “finísimos” platos como el causeo de jurel tipo salmón al aceite y el “chirriado” con huevos fritos y cebolla, todo cocinado en “fino” aceite lubricante del diesel alternador. Probablemente, esta actividad hoy en día resulte impensable, pero en otros tiempos fue casi una norma de vida para la unión y mística particular del grupo. Ese fue el evento del año, celebrando todo lo que se tenía que conmemorar. La actividad y el brindis del comandante representan finalmente una moraleja de vida: aprovechar los momentos de alegría y cohesión de grupo, sin perjuicio del trabajo profesional en busca de lograr objetivos útiles y así, al final de la singladura, “tener éxito en la misión y regresar sin novedad a puerto base”.

Dejé la foto del evento del siglo para tomar una más actual. En esta última, dirigí mi vista sobre los rostros de algunos oficiales subalternos que tuve bajo mis mandos. No pude dejar de emocionarme, pues en ellos se reflejaba mi propia historia. Con sus caras alegres, cierta inmadurez, sin mucha experiencia pero con una actitud apasionada y de cariño por la profesión. Ahí estaba el ingeniero de cargo, inteligente, muy técnico, decidido y experto en video juegos; el “pulpo”, ordenado y apegado a las normas y que a diferencia de sus “especies” antiguos, había cambiado el fútbol por el golf; el oficial piloto, crítico, agudo observador e hijo de un destacado suboficial mayor; el artillero, ágil de mente y bueno para contar historias que eran las mismas de antaño, pero que las narraba con tal gracia que parecía que él mismo las había vivido, como la conocida historia del piano saliendo por el club de oficiales, las de “perro mundo”, las camorras de los comandos, entre otras historias tan fantásticas como inverosímiles. Estos jóvenes oficiales eran diferentes a mis formas, pero igual de apasionados y eficientes. Dejé las fotos a un lado y pensé que las olas de antaño no eran más grandes y los vientos más fuertes, sino más bien, diferentes; la Marina, con todos sus cambios y procesos de adaptación, seguía siendo una gran y poderosa institución al servicio de la Patria.

Mi trabajo en la bodega había concluido. Las nuevas cajas estaban listas para su traslado, las que en su conjunto, trazaban mi historia de alegrías y penas, como las cajas de fotografías sueltas sin álbum, sin orden, lo que generaba que al mirarlas irremediamente se volvía al preciso momento en que habían sido tomadas, invitando a revivir lo que una vez se sintió. Así eran las cajas con “mis cosas” en su interior; sin orden, sin correlación; describían cada momento de mi vida naval junto a mi familia y camaradas de armas en la noble vocación de la defensa, el verdadero valor y por eso, esas cajas representaban para mí un auténtico tesoro que era necesario guardar hasta mis últimos días.

Cerca de las doce del día, salí desde mi última bodega fiscal en dirección al living con solo dos bolsas plásticas pequeñas destinadas a la basura. Al llegar al lugar, se las mostré con resignación a mi esposa, la que se encontraba de rodillas sobre el piso, embalando copas y platos dentro de una caja de cartón y con sus manitos llenas de cinta café.

Al verme, se levantó. Había desconcierto y emoción en sus ojos, al igual que en los míos. Luego, me abrazó y se dirigió a mí con estas palabras:

–Bueno mi amor...no te preocupes...me dijeron que...el departamento tiene una bodega...tal vez... no sea como ésta, pero algún espacio tendrá para conservar “tus cosas”.

En la vida naval, es el océano el que se encarga misteriosamente de comunicar gradualmente al hombre de mar el inevitable término de su “singladura”, y este último, en cierta forma, lo sabe. Cuando ello ocurre, el marino transportará a tierra y en su alforja, los testimonios de sus sueños cumplidos en la mar. En tierra, probablemente trazará nuevos sueños, pero al abrir su mochila revivirá con emoción el recuerdo de haber servido con nobleza y fervor, legando para sus hijos una historia de ejemplo y vocación.

La memoria es frágil y, al parecer, las “cosas” que se conservan y que en ocasiones se exhiben como ornato, permiten al marino volver a sentir esos “momentos” de la vida naval; ese recuerdo profundo...único...irrepetible...permanente.
